



Hueles a lluvia

Dona Ter

HUELES A LLUVIA
Dona Ter

Hueles a lluvia, de Dona Ter.
Primera edición: Marzo 2016
Diseño de portada EDC.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o prestamos públicos.

Chloé llega a París buscando una esencia, algo muy concreto, pero la ciudad del amor, junto con la lluvia, tiene esa magia que hechiza y seduce todos los sentidos, haciendo que encuentre algo más de lo que andaba buscando.

A ti lector, que haces que cada historia escrita tome vida.

El perfume es la forma más intensa de la memoria.
Jean-Paul Guerlain.

Actualidad.

Agotada. Felizmente agotada.

Así se sentía Chloé cuando salió del edificio donde había pasado el día trabajando. Reunión tras reunión. Era lo que menos le gustaba, ella prefería el trabajo de campo, de laboratorio para ser más exactos; el resto era pura obligación que siempre esperaba hasta el último momento para hacerla. Lo suyo eran las esencias, la burocracia no le inspiraba nada.

Sacó el teléfono y se puso a revisar los mensajes y llamadas, solo levantó la cabeza para fijarse en que había un taxi parado frente a ella. Abrió la puerta y se subió en él. Estaba tan despistada, algo que su madre le recriminaba desde niña, que ni se dio cuenta que el taxista no esperó a tener un destino para perderse entre las callejuelas de la ciudad. Otro problema que su progenitora le recordaba continuamente, dejarse llevar y no ser consciente de lo que pasaba a su alrededor. Cerca de ella, una melodía distorsionada, y bastante mal afinada, la hizo reaccionar.

—Perdone, pero no recuerdo haberle dicho a dónde quiero ir —advirtió Chloé al volver a la realidad pero sin despegar los ojos del teléfono. Estaban parados en un semáforo, y a pesar de la llovizna, un ciclista estaba parado junto a ella apoyándose en el cristal y canturreando una canción. Le pareció que era un villancico, un aviso en forma de canción de la época en la que estaban. No había más hojas en el calendario, otro año más que pasaba, pero ese había sido tan especial que aún le costaba reaccionar y asimilar todo lo ocurrido.

—Lo sé, pero sé donde llevarla.

Esa voz eclipsó a Chloé, sin ser consciente, sus labios esbozaron una sonrisa, cerró los ojos y su mente se perdió en los recuerdos.

Dos años antes.

Nervioso y loco. Sobre todo un “loco chiflado” es lo que se repetía una y otra vez Paul, sentado en su taxi esperando en la calle frente a un hotel.

En lugar de aprovechar el mal tiempo que hacía aquel domingo por la tarde de mediados de marzo en París y hacer algo de dinero, sobre todo llevando a turistas que no querían mojarse, él había decidido esperar allí sentado. Creía en las casualidades, pero también que a veces hay que provocar la situación para que ocurran. Por eso estaba allí, “esperando” su oportunidad.

El amor incita a hacer locuras, eso todo el mundo lo sabía, fueran, o no, creyentes de Cupido; además estaba en la Ciudad del Amor, ¿qué se podía esperar? Que ocurriera, era solo cuestión de tiempo y parecía que había llegado su momento. Tentado estuvo, pero aún no lo había hecho, de llamar a su hermana Marion y contárselo. Ella, que con sus veinte años era un romántica de libro, ella que creía ver amor, miradas dilatadas, almas de colores buscando su gemela en cada hombre que se cruzaba, estaría entusiasmada de que por fin él hubiera sucumbido. Refunfuñó para sí mismo, pero una sonrisa ladeada escapó de sus labios.

Si hasta se había puesto una camisa, que había planchado instantes antes de salir de casa, lo nunca visto. Él que era de camisetas con todo tipo de logos y colores, él de tejanos y zapatillas, él que lo de afeitarse era algo semanal y no ir a cortarse el pelo hasta que no le tapaba los ojos... se miró en el espejo del retrovisor como si con ese gesto pudiera ver algo que no hubiera visto en los últimos veintiséis años...

Sabía que no era feo, pero tampoco un hombre irresistible. Era alto y delgado, pero no porque se privara ni machacara su cuerpo en gimnasio, había nacido así. Moreno, ojos verdes, nariz un poco aguileña, cara cuadrada, labios gruesos... nada resaltable, un conjunto de lo más banal. Marion siempre le recordaba que no esperara que las chicas se le tiraran encima a la primera, “tú tienes “*charme*” ese encanto para seducirlas cuando te conocen, y esa es tu arma, porque luego no querrán soltarte”.

«Es de locos», se repetía Paul, pero la sobrecarga adrenalina que llevaba desde el viernes le hacía sentir de algún modo más vivo y con ganas de seguir esa aventura. Todo había empezado el viernes noche cuando sobre las ocho había acompañado a una chica desde la estación de Montparnasse hasta su hotel en la zona de *le Marais*.

La gente no presta atención a lo que dice en un taxi, hablan por teléfono como si estuvieran solos, detalles que frente a un desconocido nunca se les ocurriría hablar, allí dentro, parecían olvidarlo. Había escuchado de todo, cerrar temas espinosos de contratos, citas clandestinas, peleas, palabras de amor, donde esconder las llaves o hasta la clave de ordenador de oficina... Todo ello era lo que había llevado a escoger ese trabajo. Paul tenía una libreta siempre a mano, donde iba apuntando algunas frases, anécdotas. La inspiración nunca sabía por dónde podía aparecer.

Y la chica de aquel viernes era todo un enigma. Había algo en aquella mujer que cada vez que

pensaba en ella le era imposible no suspirar como un adolescente. Desde que se subió al coche y la vio deshacerse el pañuelo que llevaba en el cuello, sus ojos se habían quedado prendados por la sonrisa que ella le ofreció al darle la dirección del hotel. El teléfono de la pasajera sonó y Paul se obligó a mirar hacia delante y hacer su trabajo.

Con más interés que otras veces, prestó atención a todo lo que ella decía mientras contestaba la llamada. Era una tal Annette, pronto entendió que era una amiga. En un viaje de media hora escasa, sabía que sus abuelos se habían ido a Benidorm en busca del sol y le habían dejado a ella a Cocó, un loro parlanchín que tenía predicción por Edith Piaff y desde entonces en casa solo se oía a la reina de la *musette* [1] francesa. Que esa misma mañana se había peleado con el que imaginaba era su novio, un tal René, él había esperado hasta el último momento para decirle que no la acompañaba en su viaje a París, y ella, harta de harta de tanta discusión, había decidido poner fin y con palabras texturales “ir sin equipaje a la ciudad del amor”.

Y allí estaba él ahora, apurando el segundo café, ya frío de aquella tarde. Un paquete de galletas ya vacío tirado sin miramientos sobre el asiento del copiloto, junto a una libreta... y la música de la radio sonando bajito para que no le impidiera pensar y afectara a sus frescos recuerdos.

En la conversación le recordó a Annette la hora exacta de llegada para que la fuera a buscar a la estación, las nueve y treinta y seis minutos. Eso, junto el comentario “al pasar por Poitiers he saludado con la mano como me dijiste, aunque dudo que tu madre me viera” y algo sobre una *pâtisserie* [2] llamada David y sus famosos *éclair*s que no tenían nada que envidiar a las conocidas pastelerías parisinas eran las pistas que aquella noche utilizó Paul en su casa para descubrir de donde era la chica y a qué hora salía su tren. “¡Burdeos, te encontré!, Gritó feliz.”

Cuando la vio salir, el corazón le empezó a bombear con rapidez, igual que un sabueso detrás del maldito hueso de plástico, levantó los brazos en señal de victoria, ni que hubiera ganado la Champions.

Se planteó hasta cambiar de oficio. No se le daba tan mal ser espía.

Puso la luz en verde y se acercó a ella. Verla de nuevo fue una confirmación que la espera había valido la pena. No sabía cómo describirla, él era un hombre, solo llegaba a decir que llevaba el mismo chaquetón rojo y los zapatos de tacón del mismo color del viernes. Solo se le ocurrían palabras como elegante, sensual, preciosa. Siguió con precisión cada paso de ella, el bamboleo sensual que hacía al caminar hacia él, completamente ignorante de los ojos hambrientos con los que Paul la observaba.

Se bajó de un salto y abrió el maletero para guardar el pequeño equipaje que ella llevaba.

—A la estación de Montparnasse, por favor —dijo Chloé antes de resguardarse en el interior, se la quedó mirando absorto aun pensando en la suerte que había tenido.

Vale que él había ayudado un poco a que se diera “esa” casualidad, ya que llevaba más de dos horas frente a aquel hotel esperando que ella saliera, pero había merecido la pena.

Se sentó y se dio cuenta de lo nervioso que estaba, hasta le temblaba un poco la mano cuando la puso en el cambio de marchas y emprendió el camino.

—Maldita ciudad, estoy empapada —dijo buscando algo en el bolso.

Él sin añadir nada le entregó una caja de pañuelos. No podía apartar los ojos de ella, estaba preciosa así despeinada, mojada. No era la primera vez que alguna mujer aprovechaba el trayecto

para maquillarse, pero para Paul, verla secarse la cara, peinarse un poco con los dedos y como remate sacar un pintalabios del bolso y pintarse los labios fue lo más sensual que había visto nunca, tanto como para sentarse más erguido y recolocarse la camisa tirando de ella hacia abajo. Era preciosa, sexi. Media melena morena y algo ondulada que envolvía una cara pequeña en forma de corazón, lo que más resaltaba era sus ojos. Una mirada verde marina, grande, limpia, atrayente. El taxista no podía apartar los ojos de aquellos labios ahora rojos pasión, pasión que despertaba en él aquella boca de piñón. Sin hacer referencia a un cuerpo menudo pero con unas marcadas curvas que le hicieron hervir la sangre.

Ella, ajena a los pensamientos de él, había perdido la vista en la ciudad que un cristal cubierto de lluvia dejaba entrever.

—Espero que no vaya con el tiempo justo, entre que es domingo por la noche y la lluvia esto es un caos.

—No, lo imaginaba y voy con margen. Además el viaje ha resultado nefasto.

—¿No le ha gustado París? —preguntó él, feliz de poder empezar a hablar con ella, nada le apetecía más.

—La ciudad es preciosa pero me voy con las manos vacías.

—¿Venía con él o pensaba encontrarlo aquí? —No sabía porqué le había preguntado eso, pero quería saber todo de ella.

—¿El qué? —inquirió ella sin entenderle.

—El amor. —Era un tema de recurso para un taxista de París.

—¿Perdón? —dijo y antes de que pudiera contestarle le dejó claro que sí que había entendido— No, se confunde.

—¿Y entonces a qué ha venido? —insistió. Levantó un poco la vista, lo suficiente para verla a través del retrovisor, parecía molesta y eso lo inquietó.

—Por lo que se ve a darle conversación a un taxista —contestó sin pensar. Una vez dicho se dio cuenta de lo mal que había sonado y lo poco educado de la misma.

Tanta espera tenía que valer para algo más... aunque tenía que reconocer que le gustaba que no se lo pusiera fácil. «Guapa y revoltosa, me gusta» se dijo Paul.

—Perdone, solo intentaba hacer más ameno el viaje —se justificó... pensando en qué decir para seguir pudiendo hablar con ella. Pero nada se le ocurría.

—He venido buscando un olor —le informó Chloé al cabo de unos minutos.

—Un olor... ¿en la ciudad? —Estaba sorprendido.

—Soy, o mejor dicho, quiero ser perfumista. Acabo de terminar Ciencias Químicas y para entrar en Givaudan, la mejor escuela del mundo de perfumistas, tengo que dar con una excelente idea para la presentación...

—¿Y qué esperaba encontrar exactamente? Croissant, café, curry, especias, pis, y otros excrementos, humo, contaminación... no veo yo dónde está esa inspiración para un perfume...

—Quería plasmar el olor del París nostálgico, el que todos los románticos le venga a la memoria al pensar en la ciudad del amor. El París que inspiró a tantos artistas de la pluma como Hemingway, a los de pincel como Dalí, a los de la alta costura... quería esa inspiración... un perfume son emociones, son recuerdos...

—Así que quiere ser una Nariz.

—¡Sí! —lo interrumpió ella contenta al ver que sabía algo de ese mundo. Buscó su mirada en

el retrovisor y allí se encontró con una mirada seductora con la que el joven la observaba, encandilado— ¿Cómo sabe?

Por raro que pareciera, estaba deseando ser una Nariz, aún quedaba mucho camino por recorrer, pero su sueño era ser perfumista y estaba un poco más cerca de lograrlo.

—Soy de Grasse, la cuna de los perfumes —aclaró—. Así que su sueño es crear algo así como el famoso pijama de Marilyn...

Ella sonrió coqueta al saber a que se refería, en una entrevista Marilyn Monroe había dicho que ella para dormir solo utilizaba unas gotas de perfume, a él le encantó ver esos labios rojos pasión torcidos esquivando la sonrisa. Cuanto más la miraba, más hipnotizado se sentía.

Paul dio gracias a la lluvia y al tráfico, iban tan lentos que no requería una gran concentración para conducir y, en el estado que se encontraba, era un alivio.

—Conseguir algo como Chanel número cinco es casi una utopía.

—No puede ser utopía si Cócó lo consiguió... —a ella le gustó poder hablar de su pasión sin que la miraran raro y el entusiasmo de él la contagió, sin descaro ella se removió en el asiento con tal de poder observar al piloto a antojo, le gustó su perfil, el aire de despreocupado, pero sobre todo esas manos sobre el volante, nervudas, fibrosas— Solo le falta dar con la receta...

—Dicho así, hasta parece fácil.

—Nada es fácil, y menos algo así. Puede que tuviera más suerte si fuera a mi tierra natal buscando esas esencias... la lavanda, el jazmín, las flores en los campos en primavera, el rocío del alba... no sé, lo veo más inspirador...

—Perderme en la Provenza sería lo más natural, ir a su ciudad y ver los escenarios que sirvieron para “El perfume” pero quería algo distinto.

—¿Cómo se llama? —dudó el taxista, no sabía si era correcto preguntarlo pero se moría de ganas por saberlo, cuánto más la conocía, más le gustaba, era de su edad, no llegaban a los treinta, pero por educación siempre se refería a usted con los pasajeros— Yo soy Paul, ¿puedo tutearla?

—Claro Paul. Encantada, yo soy Chloé —él no pudo evitar sonreír—, sí puedes reírte. Chica con nombre de perfume que se dedica a ser perfumista, mi madre dice que ya era premonitorio... Les ha costado entender que quiera dedicarme a ello...

—Se lo qué se siente... —dijo él refunfuñando. Los recuerdos de las discusiones con sus padres habían sido demasiadas y eso que desde los dieciocho que no vivía con ellos, pero su padre no se cansaba de repetirle lo mismo cada vez que tenía oportunidad, fuera por teléfono o cara a cara.

—¿No querían que fueras taxista?

—No quieren que sea escritor.

—¿Eres escritor?

—Aspiro a ello. Acabo de terminar Filosofía, y hace poco me he venido a esta ciudad buscando, igual que tú, esa idea. Llevar taxis es solo un medio para ganar dinero, además es muy inspirador. Conocer un montón de gente, te sorprendía todo lo que se llega a oír al cabo del día, las situaciones, vivir la ciudad desde las calles... era esto o camarero, pero la verdad, me gusta demasiado estar al otro lado de la barra.

—Así qué los dos hemos venido por lo mismo a esta ciudad y ¿la has encontrado?

—Quizás, puede que hasta demasiadas historias..., pero ninguna con suficiente magia para sentarme a escribirla... Espero que des con la receta. Es un buen trabajo, saber cómo envolver el

cuerpo de una mujer con un olor seductor para volver loco a un hombre.

Fue decir esas palabras y su nariz se puso a analizar los olores que la rodeaban, pronto encontró los que buscaba, ese olor del pino y de la madera de ciprés. El aroma agudo y poderoso de la artemisia, utilizada en la absenta, sonrió para sí cuando identificó el perfume: Esencia de Loewe.

—Mi abuelo dijo algo parecido. Me llamó hechicera, que mis fragancias servirán para que las mujeres hagan enloquecer a un hombre, frente a ella o solo con recordarla. Chanel dijo: "El perfume anuncia la llegada de una mujer y alarga su marcha." Aunque tengo que reivindicar que un perfume de hombre también nos enloquece a las mujeres.

—Solo le veo un problema a tu profesión, podéis buscar entre más de diez mil esencias, pero el olor que desprende la piel de la persona que amas jamás podrá guardarse en un frasco... —la forma sensual en que dijo la última frase hizo que un remolino de emociones revolucionara el cuerpo entero de Chloé.

—Un perfume, al fin y al cabo, es otro accesorio. Nadie sabe cual es el componente que hace despertar las emociones, un mismo perfume es distinto cuando está sobre la piel, le da matices. Es como si se personalizara, es un mundo y mí me apasiona.

Sin poder evitarlo, la conversación consiguió atrapar a Paul, que sin ser consciente, agudizó su olfato buscando esos matices de los que ella hablaba y la verdad que los encontró, todos y cada uno de ellos le aportaron diferentes imágenes de esa chica que lo tenía completamente hechizado.

—Se nota, y no hay nada más seductor que ver alguien vivir tan intensamente por algo que le fascina.

A pesar de lo lentos que circulaban, los kilómetros iban pasando y estaban llegando al destino. Paul se removía inquieto, esa mujer había despertado algo en él, algo desconocido que no sabía cómo tratar, cómo conseguir saber más, cómo no perder el contacto... cómo conseguir parar el tiempo y seguir estando cerca de ella.

Se acercó a la zona de los taxis, con parsimonia y en silencio, el mismo que los había acompañado en el últimos minutos, se bajaron. No dejaban de mirarse, ese brillo de ojos, esas pupilas dilatadas decían más que cualquier palabra pronunciada.

Abrió el maletero y sacó el equipaje. Chloé se estaba acabando de poner la chaqueta y se acercó buscando el monedero. Le tendió un billete.

—Está bien así, quédate el cambio —Paul ni se dio cuenta de si la propina era mucha o poca, no sabía qué hacer para alargar el momento.

«¿Pedirle el teléfono será muy atrevido? Bueno siempre será menos que pedirle que se quede, que se venga a vivir conmigo, que compremos un perro, que llenemos la casa de hijos...» La cabeza de él iba a mil revoluciones y sus pensamientos iban por libre.

Estaban muy cerca, no dejaban de mirarse, Chloé esperaba que él diera el siguiente paso y viendo que no hacía nada, decepcionada, hizo el amago de coger la maleta pero él no soltó el mango.

—A lluvia —dijo Paul casi en un susurro, pero lo suficiente alto para que ella oyera lo que decía.

—¿Perdón?

—El perfume, debería oler a lluvia —repitió y ella miró hacia el cielo—. Tú hueles a lluvia

—hizo un paso para acercarse más a ella, alargó la mano para rozarle el pelo, al ver que Chloé no se apartaba cogió un mechón y lo acarició entre sus dedos—. Hueles a esa esencia de locura que da ganas de bailar bajo la lluvia, a saltar charcos, a verte sonreír, como ahora. Mezclada con un toque de melancolía que induce a acurrucarse en un sofá con una taza humeante en la mano, y como nota final, a deseo, a hacerte el amor suavemente igual que las gotas resbalan en el cristal —bajó la cabeza parando a escasos milímetros de los labios de ella—. Una mezcla perfecta que me tiene loco y solo puedo pensar en besarte.

El tiempo se detuvo alargando ese instante, envolviéndolo con esa magia previa al momento culminante donde se mezclaron, las respiraciones, los latidos, los anhelos, el deseo, lo carnal y la imaginación de cada uno. Todo pasó al olvido cuando sintieron los labios del otro sobre los suyos. El primer beso, tan ansiado y tan revelador.

Un beso que no solo enredó sus lenguas, sino mucho más. Ese algo que no se explica, solo se siente. Ese algo que hace soñar. Ese algo por el que merece vivir.

—Esto inspira a cualquiera —susurró ella.

—Si sacas un perfume dedícamelo —le pidió Paul con sus labios sobre su cuello y las manos perdidas en su pelo, quería retener ese olor en cada poro de sus recuerdos.

—Y tú el libro.

—No dudes ni por un momento que serás la protagonista —él apartó la cara lo suficiente para hablarle mirándola a los ojos. Las mejillas habían tomado un tono rosado, los labios presumían aún del beso, Paul la encontró arrebatadora.

—Perderé el tren... yo... ha sido...

—Perfecto —dijo él antes de volver a besarla. Ese segundo beso fue incluso mejor, ya no había sorpresa, sus labios se reconocieron, igual que sus lenguas que siguieron su propio flirteo como si nada los hubiera detenido... los cuerpos se buscaron ansiosos hasta que un claxon les hizo reaccionar.

Sin decir nada, ella cogió la maleta y se fue hacia la estación. Paul era incapaz de moverse, solo esperó allí, de pie, plantado viéndola marchar.

De vuelta a la actualidad.

Chloé abrió los ojos buscando los de él en el retrovisor, como esperaba, él también los tenía fijos en el espejo.

—Sabes, me quedé como un tonto viéndote marchar, de tantas cosas que quería decirte... y me quede allí, parado, sin saber qué hacer. Me estaba dando por vencido, el maldito taxista seguía apretando el claxon y yo era incapaz de dar una orden a mis pies para que me moviera... fue un pestañeo, necesitaste solo el tiempo de un pestañeo para hacerme el hombre más feliz del mundo. Verte dar toda la vuelta a las puerta giratoria...

«Después de ese beso y antes de perdernos bajo las sábanas como las gotas en el cristal... ¿Te apetece un café?» Los dos recordaron las palabras de ella.

—¿Qué haces, de dónde has sacado el taxi? —Chloé se desanudó el cinturón y se aproximó hasta el espacio entre los asientos.

—Espera y verás —dijo él mirándola por el retrovisor y alargando la mano para acariciarle la mejilla. Sin pensárselo dos veces, ella de un movimiento grácil se sentó en el asiento del copiloto. Se abrochó el cinturón, se acurrucó cerca de él y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo sabías?

—Tu jefa ha sido mi aliada, le pedí que me avisaría al terminar la reunión para poder estar en el momento justo en que salieras por la puerta.

Pasaban de las seis de la tarde, desafiando al tráfico, paró en un semáforo y la hizo bajar.

Ella sin pensárselo, se desató de nuevo y bajó detrás de él. Lo encontró frente el coche. Se abrazó a él por detrás. Él acarició sus manos y de un movimiento la atrajo delante de él. La besó despacio, sensual, mordisqueando su labio interior, con deseo, como si no se hubieran visto en décadas, cuando la verdad es que se habían despedido hacía menos de seis horas en casa.

—Mira...

La giró de nuevo, situándola a su lado, no quería perderse ningún detalle de su cara al ver la pared de enfrente. Allí, bajo unos focos, estaba un gran poste publicitario, en él, se anunciaba el perfume estrella de aquellas navidades y un libro “Hueles a lluvia”.

Fin.

[1] Un estilo musical predominante en París, donde el acordeón es el instrumento principal.

[2] Pastelería en Francés.